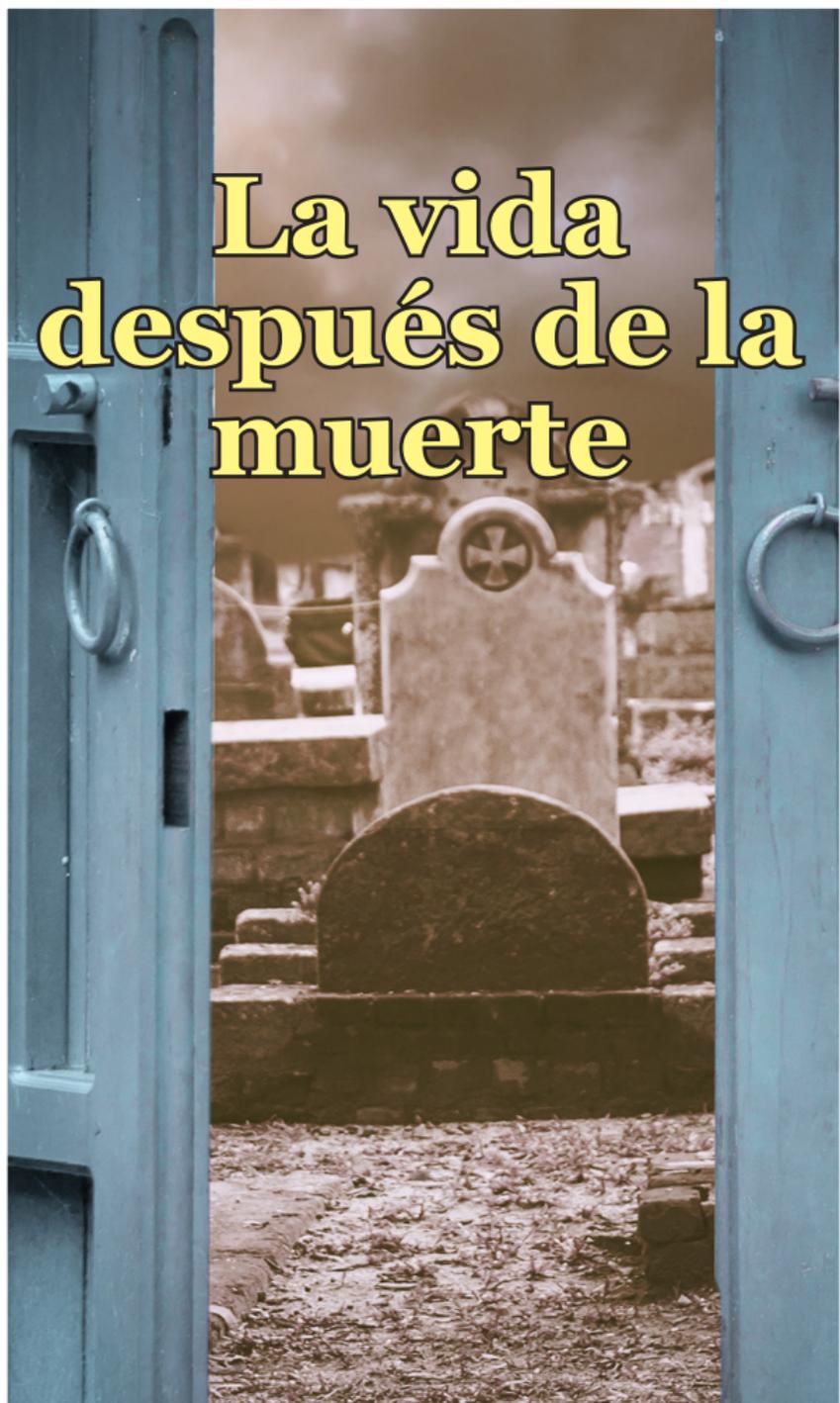


La vida después de la muerte



La vida después de la muerte

«Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?»

Job 14:14

No hay tema más apasionante y universal que la posibilidad de la vida después de la muerte. Esto se debe a que la muerte es universal y a que todos los seres humanos racionales desean vivir. Nadie, en circunstancias normales, quiere morir, pero todos somos conscientes de que, según lo que permite prever la razón humana, la muerte espera a todos los miembros de la raza humana. Por eso, la pregunta de si hay vida después de la muerte está en el corazón de todos y en los labios de muchos.

A lo largo de los siglos, hombres y mujeres, frustrados por la muerte de sus seres queridos y con la certeza de su propio fin ante la muerte, han ideado todo tipo de filosofías en un intento por calmar sus miedos y negar la realidad de lo que es tan trágicamente real. Han intentado creer que la muerte no es lo que parece, que no es un enemigo, sino un amigo, un medio por el que los seres

humanos entran en otro reino de la vida más sublime.

Una y otra vez se han planteado las preguntas, tanto por los eruditos como por los ignorantes: ¿Dónde están los muertos? ¿Qué sucede exactamente cuando una persona muere? ¿Están los muertos más vivos que los vivos? Hace miles de años, el profeta Job preguntó: «Cuando muere un hombre, ¿volverá a vivir?» (Job 14:14). Así habló el profeta de Dios en nombre de incontables millones de personas que han llorado la pérdida de sus seres queridos y que, al igual que toda la humanidad, han temido la llegada de la muerte segura.

Job tenía un interés personal y vital en la respuesta a su pregunta: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?», pues acababa de pedirle a Dios que le dejara morir. Job no estaba cansado de vivir, pero estaba agotado por el sufrimiento hasta el punto de preguntarse si merecía la pena vivir en esas condiciones.

Santiago escribió: «Habéis oído hablar de la paciencia de Job» (Santiago 5:11). Job necesitaba paciencia, porque Dios había permitido que le sobrevinieran calamidades extremadamente severas. Sus rebaños, sus manadas y su familia

fueron destruidos. Perdió la salud y quedó afligido por una repugnante enfermedad de la piel que cubría todo su cuerpo. Finalmente, su esposa se volvió contra él y le dijo: «Maldice a Dios y muere» (Job 2:9).

Sin embargo, Job no tenía intención de maldecir a Dios. Confiaba en Dios aunque no entendía por qué se le permitía sufrir tan severamente. Es comprensible que buscara liberarse del sufrimiento si era la voluntad de Dios, por lo que oró: «¡Ojalá me escondieras en el sepulcro, me guardaras en secreto hasta que pasara tu ira, me fijaras un plazo y te acordaras de mí!» (Job 14:13).

Después de pedirle a Dios que le dejara morir, Job reflexionó sobre lo que supondría que Dios respondiera a su oración y le permitiera morir. Así que preguntó: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?». Job habló desde el punto de vista de su propia experiencia y sus propios sentimientos, pero, como profeta de Dios, sus palabras están inspiradas divinamente, por lo que sabemos que formuló la pregunta sobre la vida después de la muerte de una manera acorde con la verdad de la Palabra de Dios sobre el tema.

Por lo tanto, es importante notar que Job no preguntó: «Si un hombre muere, ¿está más vivo que nunca?». Tampoco preguntó: «Si un hombre muere, ¿significa eso que simplemente se ha mudado a otra habitación, o que ha ido al cielo, o a un lugar de tormento?». Job sabía que cuando un hombre muere, está muerto, por lo que la pregunta que hizo fue: «Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?».

Así se nos llama la atención sobre la gran verdad fundamental de la Biblia de que la vida después de la muerte depende de la resurrección, del despertar de los muertos. Hay esperanza de vida después de la muerte, no porque no haya muerte, sino porque Dios ha prometido usar su gran poder para devolver la vida a los muertos. Job sabía que si se le permitía morir para escapar de más sufrimiento, Dios lo devolvería a la vida más tarde, pues dijo además: «Todos los días de mi vida (en la muerte) esperaré, hasta que llegue mi cambio (de la muerte a la vida). Tú me llamarás, y yo te responderé; tendrás deseo de la obra de tus manos». Job 14:14, 15

La esperanza de la resurrección

La afirmación de Job de que Dios, en su debido tiempo, lo llamaría de entre los muertos, concuerda plenamente con el testimonio de toda la Palabra de

Dios sobre el tema de la vida después de la muerte. Es esta esperanza de la resurrección la que se expone tan claramente y con tanta seguridad reconfortante en el Nuevo Testamento.

El apóstol Pablo escribió: «Por cuanto la muerte vino por un hombre, también la resurrección de los muertos vino por un hombre» (1 Corintios 15:21). Los dos «hombres» a los que se refiere este texto son Adán y Jesús. Adán transgredió la ley divina y trajo sobre sí mismo y sobre su descendencia el castigo de la muerte. Jesús tomó el lugar del pecador en la muerte y, de este modo, hizo posible la liberación de la raza adánica e e de la muerte por medio de la resurrección. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando escribió: «La paga de la muerte es la muerte, pero la dádiva de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6:23).

La resurrección de los muertos es tan vital para la seguridad de la vida después de la muerte que el apóstol Pablo, al escribir sobre los cristianos, enfatizó que si no hay resurrección, «también los que durmieron en Cristo perecieron» (1 Corintios 15:18). Esto simplemente significa que si no hay resurrección, incluso aquellos que ahora creen en Cristo y siguen sus pasos perecerán en la muerte.

¿Por qué la confusión?

Dado que la Biblia enseña tan claramente que la esperanza de la vida después de la muerte se basa en las promesas de Dios de restaurar a los muertos a la vida en la resurrección, surge naturalmente la pregunta de por qué tantos de los que profesan creer en las enseñanzas de la Biblia están confundidos sobre este tema. El origen de esta confusión se encuentra en el jardín del Edén.

Dios le dijo a Adán: «Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Más tarde, Satanás, hablando a través de la serpiente, la «xml-ph-0000@deepl.internal», le preguntó a Eva sobre esto, diciendo: «¿Acaso Dios ha dicho que no comeréis (Génesis 2:17). Más tarde, Satanás, hablando a través de la serpiente, un « », preguntó a Eva al respecto, diciendo: «¿Es verdad que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?» (Génesis 3:1). Eva confirmó lo que Dios había dicho, incluyendo su afirmación de que la muerte sería el castigo por la desobediencia. versículos 2 y 3

Entonces Satanás, respondiendo a Eva, dijo: «No moriréis». (Génesis 3:4). Esto era una

negación de lo que había dicho el Creador. En efecto, Satanás acusó a Dios de mentir cuando dijo que la muerte sería el castigo por la desobediencia. Es posible que Satanás creyera que de alguna manera podría frustrar el propósito divino de infligir la pena de muerte al hombre. Si fue así, pronto descubrió que sus esfuerzos eran inútiles, ya que la raza humana comenzó a morir.

Sin embargo, Satanás no admitió que se había equivocado. En cambio, comenzó, a través de agentes humanos, a difundir la propaganda de que la muerte no es lo que parece, que en realidad no existe. En la medida en que pudiera inducir a la gente a creer esto, estaría demostrando que decía la verdad cuando le dijo a la madre Eva: «No moriréis», solo pareceréis morir, y cuando parezcáis morir, en realidad estaréis más vivos que nunca.

Para aquellos que confían en la Palabra de Dios, no habrá dificultad en decidir cuál de las declaraciones es hechas en el Jardín del Edén debe aceptarse. Fue el Creador quien declaró: «El día que comáis de él, moriréis», y sabemos que Dios dijo la verdad. Fue Satanás quien dijo: «No moriréis», y sabemos que no dijo la verdad. Jesús

dijo de Satanás: «Es mentiroso, y padre de la mentira». Juan 8:44

Satanás no solo es un mentiroso, sino que, como declaró Jesús, es «el padre de la mentira». En otras palabras, Satanás fue el padre de la primera mentira, y fue la mentira más devastadora y de mayor alcance que jamás se haya dicho. Esta falsedad, que se originó en el Jardín del Edén, ha corrompido la verdad sobre el tema de la muerte en la mente de las personas de todas las naciones y religiones; mientras que la verdad, tal como la expresó Dios en la declaración «ciertamente morirás», solo ha sido creída por unos pocos en comparación.

La falsedad de la «entidad separada»

Es evidente para todos que el cuerpo humano muere. Satanás sabía que no había forma posible de engañar a la gente con respecto a esto, por lo que comenzó a difundir la idea de que hay algo dentro del cuerpo humano que es independiente del cuerpo, una entidad que escapa del cuerpo cuando este muere y continúa viviendo. En los círculos e es que se profesan cristianos, este algo indefinible se denomina «alma inmortal».

Los antiguos egipcios sostenían esta opinión. Más tarde fue adoptada por los filósofos griegos y, después de que los apóstoles murieran, fue introducida en la iglesia cristiana por filósofos paganos. Aunque se describe de diversas maneras, esta teoría de que hay algo dentro del hombre que no puede morir, y por lo tanto no existe la muerte, ha sido la creencia común de todos los religiosos paganos.

La Biblia indica que era una creencia muy extendida entre los paganos en los días del rey Salomón, y vemos cómo él combatía este error con la verdad. Escribió: «Lo que sucede a los hijos de los hombres les sucede también a las bestias; una misma cosa les sucede a unos y a otros: como muere uno, así muere el otro; todos tienen un mismo aliento, y no hay hombre que se levante de su tierra. Todos van a un mismo lugar; todos son polvo, y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe (o quién puede demostrar) que el espíritu del hombre sube y el espíritu de la bestia desciende a la tierra?». Eclesiastés 3:19-21

Con qué claridad afirma Salomón la verdad de Dios, afirmando que en la muerte el hombre y el animal son iguales, que todos tienen un solo aliento, o «espíritu», como se traduce la misma palabra hebrea en el versículo 21. Después de exponer así la verdad de manera e e, pregunta: ¿quién puede

demostrar lo contrario? Evidentemente, él sabía que las naciones paganas que lo rodeaban creían lo contrario, que se aferraban a la mentira de Satanás de que no hay muerte, que aunque el cuerpo muere, hay un «espíritu» que «sube» y sigue viviendo. Pero Salomón muestra que esto no es cierto. Más bien, dice que en la muerte, el hombre y los animales son iguales. La preeminencia del hombre sobre los animales reside en el hecho de que Dios ha prometido devolver la vida a los seres humanos muertos en la resurrección, pero no ha prometido hacerlo con los animales inferiores.

No hay «almas inmortales»

La expresión «alma inmortal» no aparece en la Biblia, ni la Biblia enseña ni remotamente que una «entidad separada» habite dentro del cuerpo humano y escape para vivir en otro lugar cuando el cuerpo muere. La primera vez que se utiliza la palabra alma en la Biblia es en Génesis 2:7. En este texto se nos dice que Dios creó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz el «aliento de vida» y el hombre «se convirtió en un alma viviente».

Un «ser viviente» es simplemente un ser vivo, o una criatura viviente, que, como revela este texto, es el resultado de la unión del aliento de vida con el

organismo, o cuerpo. El cuerpo no es el alma. El aliento de vida no es el alma e . Es cuando, por el favor y el poder divinos, el aliento da vida al cuerpo, que la combinación de ambos da como resultado un «ser viviente».

Salomón dijo que el hombre y los animales tienen un mismo aliento, y tenía razón. En cuanto a los seres humanos y los animales inferiores destruidos en el diluvio, leemos: «Toda carne que se movía sobre la tierra murió, tanto aves como ganado, bestias y todos los reptiles que se arrastraban sobre la tierra, y todos los hombres; todo lo que tenía aliento de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra seca, murió. Génesis 7:21, 22

Dado que la creación bruta vive por medio del mismo «aliento de vida» que permite vivir al hombre, todos los animales son también «almas vivientes», y esto está claramente establecido en la Palabra de Dios. Esta importante verdad se oculta al lector casual de la Biblia debido a la inconsistencia de la traducción. Por ejemplo, Génesis 1:24 dice: «Dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género: animales, reptiles y bestias de la tierra según su género. Y así fue».

En este texto, la expresión «seres vivientes» es una traducción de las mismas palabras hebreas que se traducen como «alma viviente» en Génesis 2:7, donde se hace referencia a Adán; las palabras «criatura» y «alma» son ambas traducciones de la palabra hebrea *nephesh*. Solo porque los traductores se esforzaron por establecer una diferencia entre el hombre y los animales, que las Escrituras no justifican, utilizaron la palabra «criatura» cuando se referían a los animales inferiores, y «alma» cuando el texto se refería al hombre. No es de extrañar que Salomón escribiera: «Como muere uno, así muere el otro».

Cuando Adán murió, su cuerpo volvió al polvo: «Polvo eres y al polvo volverás» (Génesis 3:19). El derecho a la vida otorgado por Dios, implementado por el aliento que Dios sopló en sus narices, volvió a Dios. El pensamiento está claramente expresado por Salomón, quien, al describir lo que sucede cuando muere un hombre, escribió: «Entonces el polvo volverá a la tierra, como era, y el espíritu volverá a Dios, que lo dio». Eclesiastés 12:7

La simple verdad expuesta en este texto se confunde en la mente de muchos por un malentendido de la palabra «espíritu». Se traduce de una palabra hebrea que simplemente significa

«aliento» o, como en este caso, el poder invisible de la vida. En su sermón en el Areópago, Pablo dijo que en Dios «vivimos, nos movemos y existimos». Hechos 17:28

Este texto ni siquiera sugiere remotamente que cuando un hombre muere hay una entidad consciente que escapa de su cuerpo y es llevada a Dios en el cielo. La palabra «volver» utilizada en el texto excluye la posibilidad de tal interpretación. El cuerpo vuelve al polvo porque del polvo vino. Si el «espíritu» fuera una entidad separada que volviera a Dios, significaría que la entidad consciente moraba anteriormente con Dios y se le permitió venir a la tierra temporalmente para habitar en un cuerpo humano. ¡Qué conclusión tan irrazonable!

Sin embargo, la definición de la muerte que da Salomón es muy coherente con los hechos que expone la Biblia sobre el alma viviente, o el ser humano. Cuando el cuerpo y el aliento vuelven a su origen, el hombre queda como si nunca hubiera existido. El alma viviente, o el ser, deja de existir. Ha muerto, y la muerte es el castigo por el pecado. Ezequiel 18:4 declara: «El alma que pecare, esa morirá».

La muerte se convirtió en «sueño»

Debido a que Dios ha prometido restaurar la vida a los seres humanos muertos, la Biblia se refiere a los que han muerto como «dormidos». Jesús destaca esta importante verdad de la Biblia al referirse a la muerte de Lázaro, el hermano de Marta y María. Él dijo a sus discípulos: « » (Nuestro amigo Lázaro duerme). Los discípulos pensaron que Jesús se refería al sueño natural, por lo que les dijo claramente: «Lázaro ha muerto». Juan 11:11-14

Así, Jesús estableció una de las enseñanzas básicas de la Palabra de Dios. Lázaro estaba muerto, pero también estaba «dormido». Cuando Dios le dijo a Adán que la desobediencia resultaría en la muerte —«Ciertamente morirás»—, se refería a la extinción de la vida. Esta extinción de la vida habría sido permanente si no fuera porque Dios aún amaba a sus criaturas humanas y les proporcionó la redención mediante el regalo de su amado Hijo para ser el Redentor y Salvador de la muerte. Juan 3:16; 1 Timoteo 2:3-6

Jesús entregó su «carne», su humanidad, por la vida del mundo. (Juan 6:51). De este modo, se hizo provisión para anular la sentencia de muerte que se dictó contra Adán y su raza. Y, aunque todos han seguido muriendo, gracias a la redención proporcionada por Cristo Jesús, habrá un despertar

de los muertos. Debido a que los muertos van a despertar, la Biblia utiliza el término «sueño» para describir su ausencia temporal de vida.

Los que están dormidos están inconscientes, al igual que los que están muertos. No ven nada, no oyen nada, no saben nada. La Biblia dice: «Los vivos, que han caído e , saben que han de morir; pero los muertos no saben nada» (Eclesiastés 9:5). Los que están dormidos pueden ser despertados; por lo tanto, los que están «dormidos» en la muerte pueden ser despertados, y lo serán. Como dijo Jesús de Lázaro: «Voy a despertarlo del sueño» (Juan 11:11). Así que todos los que están «dormidos» en la muerte serán despertados, por el poder divino, en la mañana del nuevo día de la tierra. Por eso leemos: «El llanto puede durar toda la noche, pero a la mañana viene la alegría» (Salmos 30:5).

Marta consolada

Jesús y la pequeña familia de Betania —Marta, María y Lázaro— eran amigos especiales. Cuando Lázaro enfermó, Jesús y sus discípulos se encontraban en Galilea, a cierta distancia de Betania. Las hermanas enviaron a avisarle a Jesús acerca de la enfermedad de Lázaro, pero él no fue inmediatamente. Esperó dos días y luego anunció

que Lázaro había muerto y que estaba «durmiendo», y que él iba a «despertarlo de su sueño».

Marta salió al encuentro de Jesús cuando se acercaba a su casa. Reprendiéndole suavemente, le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Juan 11:21). Marta estaba desconsolada, y esta era una excelente oportunidad para que Jesús la consolara, , y así lo hizo. Pero, ¿qué palabras tranquilizadoras y reconfortantes le dijo el Maestro a Marta en ese momento de gran necesidad? ¿Le dijo Jesús, como se ha dicho a menudo en circunstancias similares: «Marta, tu hermano no está realmente muerto, solo ha abandonado su envoltura exterior, su cuerpo»? ¿Dijo Jesús que el verdadero Lázaro estaba más vivo que nunca? ¿Le dijo a Marta que era muy probable que el «alma» de Lázaro estuviera rondando cerca? ¿Le dijo: «Marta, no hay muerte»?

No, Jesús no dijo nada por el estilo. Jesús había dicho anteriormente a sus discípulos: «Lázaro está muerto», y no iba a contradecir ahora esta verdad diciéndole a Marta que su hermano estaba más vivo que nunca. Lo que dijo para consolar a Marta estaba en consonancia con el testimonio de toda la Palabra de Dios. Sabiendo que Lázaro estaba realmente

muerto, le dijo a Marta: «Tu hermano resucitará». versículo 23

Si Lázaro iba a volver a vivir, tendría que ser devuelto a la vida, y Jesús le aseguró a su hermana que eso sucedería: «Tu hermano resucitará». Marta no estaba segura de lo que Jesús quería decir. Sabía que Jesús había despertado a otros del sueño de la muerte, y le había dicho a Jesús: «Todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará», pero no estaba segura de que Jesús fuera a pedirle a Dios en ese momento que despertara a su hermano del sueño de la muerte. Por eso, con , respondió: «Sé que resucitará en la resurrección, en el último día». Versículos 22-24

Marta sabía que habría una resurrección general de todos los muertos y que entonces Lázaro sería despertado del sueño de la muerte. Conocía las promesas registradas en el Antiguo Testamento y había prestado atención reverente y creyente a las enseñanzas de Jesús, por lo que sabía que había una gloriosa esperanza de resurrección para toda la humanidad.

Marta también entendía que la resurrección general tendría lugar en «el último día». El último día no es «el día del juicio final», como muchos han supuesto. La palabra «día» en este caso se refiere a

una era, o edad, la era final en el gran plan de Dios para la redención y salvación de la raza humana del pecado y la muerte.

Hay varias edades en el plan divino de salvación. Antes de la primera venida de Jesús, hubo la Edad Patriarcal y también la Edad Judía. A partir de la primera venida de Cristo, ha habido la Era del Evangelio. Estas han sido eras preparatorias en las que Dios ha seleccionado y preparado a aquellos que iban a cooperar con Jesús en la era final del plan divino, el último día, ese período de tiempo en el que el plan de Dios alcanzaría su consumación con el despertar de los muertos y la restauración a la perfección de la vida de todos los que entonces creyeran y obedecieran las leyes del reino de Cristo.

Marta sabía de esta era final, o último día, en el plan de Dios, y sabía que su hermano, y todos los que habían muerto, serían entonces despertados del sueño de la muerte. Pero Marta no sabía si esto era lo que Jesús quería decir cuando dijo: «Tu hermano resucitará». Jesús tampoco le explicó directamente cuáles eran sus intenciones inmediatas. En cambio, respondió: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás» (versículos 25 y 26). Marta había expresado su fe en la

resurrección general en el último día. Ahora Jesús le explicaba que él era «la resurrección y la vida», el que despertaría a los muertos en el último día y daría vida eterna a todos los que creyeran en él.

En esta respuesta a Marta, Jesús menciona dos clases de personas que reciben la vida a través de él. Primero están los que ahora creen, pero mueren. A estos, le aseguró a Marta, los despertaría de la muerte. Y están los que, al despertar en la resurrección, creen en él e . Estos, dijo, nunca volverían a morir. versículos 25, 26

Después de asegurar a Marta que tanto los creyentes como los incrédulos resucitarían, Jesús le preguntó: «¿Crees esto?». Marta respondió: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (versículos 26 y 27). Marta entendió, y acertadamente, que el Cristo, o Mesías prometido, sería enviado al mundo para salvar a la humanidad de la muerte, y que esto se lograría mediante el despertar de aquellos que «duermen» en la muerte. Ella creía que Jesús era el Mesías prometido, el Cristo que había de venir, y que en él estaba el poder de la resurrección.

Lázaro resucitado

Después de que Marta confesara así su fe en Jesús como el Mesías y en su capacidad para devolver la vida a los muertos, regresó a su casa y le pidió a María que la acompañara a encontrarse con Jesús, lo cual ella hizo. Al igual que Marta, María le dijo al Maestro: «Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (versículo 32). El corazón de Jesús se conmovió ante esta escena de dolor y gran pérdida, y, junto con los demás, también lloró. Luego pidió que le mostraran la tumba donde estaba enterrado Lázaro.

De pie junto al sepulcro, Jesús pidió que quitaran la piedra que cerraba la entrada. Entonces Marta protestó. Ella había confesado anteriormente su fe en que Jesús podía devolver la vida a su hermano, pero ahora dudaba y le dijo a Jesús: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días muerto» (versículo 39). Pero a Jesús no le importaba. Estaba a punto de demostrar lo que finalmente se lograría por el poder divino para todos los que han muerto, y donde opera el poder divino no importa si una persona lleva cuatro días muerta o miles de años; la vida puede ser restaurada. El que creó la vida en primer lugar es plenamente capaz de restaurarla.

De pie ante el sepulcro abierto, después de una oración apropiada, Jesús gritó con voz fuerte: «Lázaro, sal fuera» (versículo 43). Es interesante observar lo que no dice el relato. No dice que Lázaro, que había ido al cielo, regresó. Lázaro no había ido al cielo. No dice que el que había ido al purgatorio regresó. No dice que el que había ido a un abismo de tortura eterna fue liberado del tormento. No existe un abismo de tortura eterna.

El relato dice que cuando Jesús gritó: «Lázaro, sal... el que estaba muerto salió», Jesús había dicho antes que Lázaro estaba muerto. Ahora, el Lázaro muerto había sido despertado del sueño de la muerte. Liberado de sus vendas, Lázaro se mezcló y se reunió con su familia y amigos como había hecho antes. Restaurado a la vida, no era ni un fantasma ni un espectro. Era el mismo Lázaro de antes. Estaba feliz de estar vivo de nuevo, y su familia estaba feliz de tenerlo de vuelta.

«No os maravilléis»

En otra ocasión, al hablar de la resurrección de los muertos, Jesús dijo: «No os maravilléis de esto, porque vendrá la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hicieron lo bueno, a la resurrección de vida, y los

que hicieron lo malo, a la resurrección de condenación». Juan 5:28, 29. Aquí se nos asegura que, así como Lázaro fue llamado desde la tumba, todos los muertos serán llamados en el momento de la resurrección general.

Observamos que Jesús también habla aquí de dos clases generales en la resurrección: los que han hecho el bien y los que han hecho el mal, o no han hecho el bien. A los que han hecho el bien se les llama en el versículo 24 los creyentes de la era presente. De ellos se dice que tienen vida eterna, y que no entrarán en juicio. Esto significa que, sobre la base de la fe, los creyentes ya no están condenados a muerte y tienen asegurada la vida eterna en la resurrección. Estos no entrarán en el juicio futuro, porque pasan con éxito la prueba en la vida presente.

Estos son los que, habiendo hecho «el bien» al creer y seguir fielmente los pasos de Jesús, demuestran ser dignos de ser llamados de entre los muertos a una resurrección de «vida». Pero los que no han demostrado ser dignos son despertados de la muerte y sometidos a juicio, ya que su despertar tendrá lugar durante el día del juicio milenario del mundo. Hechos 17:31; 2 Pedro 3:8; Apocalipsis 20:6

La palabra griega aquí es «*krisis*», y se traduce como «juicio». Todos los que ahora no demuestren ser dignos de la vida se enfrentarán a una crisis cuando sean despertados del sueño de la muerte. Por supuesto, entonces serán plenamente iluminados en cuanto a las cuestiones involucradas, y se les dará la oportunidad, basándose en la plena comprensión, de aceptar la provisión de vida hecha para ellos a través de Cristo y de obedecer las leyes del reino de Cristo, que entonces controlará los asuntos de toda la humanidad. Si aceptan y obedecen, serán restaurados a la perfección de la vida humana y vivirán para siempre. Esta será su resurrección completa. Si no aceptan y obedecen, volverán a la muerte. Pedro dijo acerca de ese tiempo que los que no obedezcan «serán destruidos de entre el pueblo». Hechos 3:23

Los creyentes de esta era, que han demostrado ser dignos de vivir y reinar con Cristo, resucitarán para «gloria, honor e inmortalidad» (Romanos 2:7). Así pues, la inmortalidad no es una cualidad inherente al hombre, sino una gloriosa recompensa ofrecida a aquellos que están dispuestos a sufrir y morir con Jesús para poder vivir y reinar con él. Como coherederos con Jesús en su reino, estos también serán cojueces con él durante ese futuro período del juicio final. 1 Corintios 6:2, 3; Apocalipsis 3:21; 5:10

Entonces se le dará al mundo incrédulo la oportunidad de creer, y los muertos serán despertados de la muerte para que puedan tener esta oportunidad. Aquellos que crean serán restaurados a la perfección de la naturaleza humana que Adán perdió cuando desobedeció la ley de Dios y fue condenado a muerte, y vivirán en la tierra como seres humanos para siempre. Apocalipsis 21:4

Qué feliz consumación del plan divino será esta, pues significa que el reinado del pecado y la muerte, que fue provocado por la transgresión de Adán en el Edén, no durará para siempre, y que todos los que han muerto durante este largo período de llanto serán despertados y se les dará una oportunidad individual de obedecer las leyes de Dios y vivir para siempre.

Las Escrituras afirman que «Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna .» (Juan 3:16). Pero para creer en él, deben recibir un conocimiento claro acerca de él, y esto lo recibirán durante el futuro día del juicio, cuando sean despertados de la muerte. Esta es una esperanza gloriosa para la humanidad, y el profeta de Dios,

David, la expone de manera simbólica y hermosa. Citamos:

«Decid entre las naciones que el Señor reina; el mundo también será establecido y no será movido; él juzgará a los pueblos con justicia. Alégrese los cielos, y regocíjese la tierra; brame el mar y todo lo que hay en él. Alégrese los campos y todo lo que hay en ellos; entonces se regocijarán todos los árboles del bosque. Porque viene el Señor, viene con poder, y sus ojos observan los humildes; exalta los poderosos de la tierra y humilla a los que se levantan en su trono. Él traerá a los cautivos de Senaá y a los exiliados de Tiro. Él liberará a los cautivos de la prisión y a los oprimidos de la prisión. Él dará a los que no tenían en sí mismos fuerza alguna la justicia de la redención. Porque con misericordia es la redención de tu

En efecto, hay vida después de la muerte, porque por el poder divino los muertos serán devueltos a la vida. Esta es la gran esperanza e e que se nos ofrece en la Palabra de Dios. Es la esperanza de la resurrección de los muertos.